

Crucigrama del bosque

Francisco Hernández

Estoy dentro de una trampa congelante,
en pleno aguacero bajo los árboles.
Me interno en el crucigrama del bosque;
abundan escaleras sin peldaños.
Para llegar al mundo del subsuelo, dice la Autoridad,
debes convertirte en pez o en mensajero,
nacido para vivir como eremita.
Para ascender a la máxima altitud,
debes esperar el brote de tus alas...
La voz desaparece. Mi alucinación continúa.
Diviso ramas movidas por los labios iniciáticos,
y siento al cielo gris
cada vez más cerca de mi cabeza.
Humus. Lombrices retorcidas por el hambre.
Humus que se convierte en humo
para entrar por los ojos.
No veo nada. Busco a tientas una astilla
y con ella raspo mis párpados y mis pupilas
hasta encontrar el placer de una reacción visual.
Placer. Placenta. Placentero.
¿No debería todo lo placentero
salir de una placenta?
Insiste en su desafío el entorno,
ahora con ráfagas de aguanieve.
Clima ideal para reconciliarme

con mis herederos.
¿Herederos de qué?
¿De las ilusiones esdrújulas,
de los vocablos graves?
¿De la agudeza del arrepentimiento?
¿O de mi escritura enana, enclenque,
de burócrata acomodaticio?
Sigo a merced de ráfagas heladas,
con esta piel que goza desprendiéndose.
Cielo color alarma falsa,
idéntico al plumaje de las aves
que me picotean.
Cielo pequeño, vulnerable, vacío por los cuatro costados.
Miro a mi alrededor. Busco salidas de emergencia.
Busco sencillamente claridades.
No hay separaciones entre los árboles.
Ni un pie. Ni un brazo. Ni una vara.
Lágrimas ante la impotencia. Dudas.
Y la circulación sanguínea en su cárcel.
¿Es la única realidad posible esta epidermis,
balanceándose ahora de una rama?
La alucinación continúa. Mi voz no se presenta.
La de la Autoridad tampoco.
Al menos, son peldaños mis dedos.
Al menos, logro asirme a mis uñas.
Subo, no sin dificultad,
hacia la seducción del oxígeno.